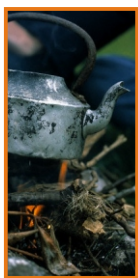


Espacios para la relación



Habíamos viajado varias horas en tren y caminado unos cuantos kilómetros con mochilas, cañas y carpa al hombro.

Cómo he podido hacer en otras oportunidades, aquella vez, estaba con tres adolescentes varones a la orilla de un río. Recibimos a la noche con una fogata, mi cantimplora de aluminio haciendo las veces de pava y las cañas clavadas en la orilla esperando que algún bagre nos bendijera con su ofrenda sacrificial.

Pesca y alabanza

Santiago se recostó sobre el piso y observó el cielo completamente estrellado. Su exclamación en una voz baja, casi reverencial, rompió la monotonía del canto de ranas y grillos: *¡Guauuuuu! ¡Que grande debe ser Dios! Si él hizo todo esto tan enorme... ¡Cuánto más grande debe ser él!*

Si, pensé yo, es cierto... y comprendí que quizás estaba frente a ese momento único que justificara gran parte del esfuerzo de las horas en tren y los kilómetros de caminata. Dios decidía manifestar su presencia incuestionable en medio de nosotros. El primero en percibirlo era un adolescente que, lejos de su ranchito de chapa de una villa del Gran Buenos Aires, disfrutaba de la creación en una fría noche.

No había canciones pegadizas, ni un entusiasta maestro de ceremonias exhortándonos al encuentro con Dios, ni instrumentos musicales...

Pero a su manera, aquel muchacho proclamaba su alabanza y adoración a quien lo había creado.



Código y paréntesis

Dicho sea de paso, y si se me permite abrir un paréntesis, es importante conocer de códigos en la misión transcultural a la adolescencia. ¡Guauuuuu! y ¡Faaaaaaa! no son más que expresiones que, en su idioma, tienen el valor o el significado que atribuimos a los ¡Aleluya! de nuestras liturgias o ritos tradicionales. Alguien puede decirme: *Si, pero yo oí a un muchacho usar esa expresión al ver pasar a una señorita.* Es cierto, pero eso no contradice mi teoría sino que la refuerza. Queda claro que conciente o inconcientemente ese muchacho también exalta la creación de Dios. Solo como para tenerlo en cuenta y llevarlo a la reflexión, más allá de la humorada.

Relación y meditación

Construir estos espacios de relación con los adolescentes que puedo acompañar ha sido maravillosamente enriquecedor. He aprendido a aprovechar oportunidades como las que Dios me ofrecía en ese momento a través de Santiago. Aquel tiempo de alabanza abrió la puerta a una instancia siguiente de meditación. Me animé a conducir a Santiago a la reflexión de una realidad extraordinaria: El mismo Dios que ha creado tanta inmensidad llega hasta nosotros con la intención de brindarnos su amistad. *¡El mismo Dios que creo todo eso anhela ser tu Amigo!* Santiago lo oyó y tras unos segundos de contemplación, con la mirada perdida en alguna constelación, se brindó nuevamente a la alabanza: *¡Faaaaaaa!*

Atención e intencionalidad

He sido llamado a provocar intencionalmente y a estar atento a experiencias como estas. Has sido llamado a brindar tu vida en relaciones significativas. Las noches a la orilla del río, las carpas que invitan a la charla nocturna, los finales de partido con gaseosa de por medio, las mesas de pool que promueven el dialogo antes de cada golpe del taco, las mateadas o las pizzas que invitan a la intimidad en casa o en el bar... Estas no son más que herramientas valiosas para el ministerio que Dios nos ha encomendado.

Intento no perdérmelo. Si lo dejo pasar es muy probable que me pierda la oportunidad de bendecir a algún muchacho, puedo perderme de consolar a alguien, de corregir o instruir... y lo que para mi propia vida sería más terrible: Puedo perderme la oportunidad de crecer.

Hacia la acción:

¿Que espacios puedo provocar para profundizar en la relación con unos pocos muchachos para crecer y ayudar a crecer?

